

Editorial

La inteligencia artificial y la nueva frontera social

Han pasado tres años desde que comenzamos a hablar de la revolución de la inteligencia artificial y los chatbots como una promesa que asomaba en el horizonte. Hoy ya no se trata de una proyección futurista: es una realidad instalada en la vida cotidiana de millones de personas, también en Chile y en nuestra Región de O'Higgins.

La irrupción de herramientas de IA generativa, capaces de redactar textos, crear imágenes, analizar datos complejos e incluso sostener conversaciones cada vez más naturales, cambió en poco tiempo la forma en que trabajamos, estudiamos e interactuamos. Lo que en 2023 parecía novedoso, hoy es parte del quehacer diario en oficinas públicas, empresas privadas, medios de comunicación, establecimientos educacionales y hogares.

Las ventajas siguen siendo evidentes. Los asistentes virtuales permiten atención continua, reducen tiempos de espera y optimizan procesos. En la banca, el comercio y los servicios básicos, los chatbots resuelven consultas frecuentes en segundos. En el ámbito de la salud, los sistemas de apoyo basados en IA contribuyen al análisis de exámenes y a la gestión de listas de espera. En educación, plataformas adaptativas ayudan a personalizar contenidos y reforzar aprendizajes.

Pero la experiencia de estos años también ha mostrado que los riesgos no eran exageraciones teóricas. El debate sobre el empleo se instaló con fuerza. No se trata solo de reemplazos directos, sino de transformaciones profundas en múltiples profesiones. Tareas administrativas, redacción básica, atención primaria e incluso funciones creativas han sido parcialmente automatizadas. Esto exige capacitación, reconversión laboral y políticas públicas que acompañen el proceso, especialmente en regiones donde la matriz productiva es más estrecha.

A ello se suma el fenómeno de la desinformación. La facilidad para generar textos, audios e imágenes hiperrealistas —incluidos los llamados "deepfakes"— ha complejizado el

ecosistema informativo. En tiempos donde la confianza pública ya es frágil, la capacidad de fabricar contenidos falsos a gran escala representa un desafío mayor para la democracia, el periodismo y la convivencia social.

La privacidad también permanece en el centro de las inquietudes. La IA se alimenta de datos, y esos datos muchas veces provienen de nuestros hábitos digitales. La discusión ya no es si se recopila información, sino cómo se regula su uso, quién la controla y qué garantías tienen los ciudadanos respecto de su seguridad.

En Chile, la adopción ha sido transversal. Instituciones financieras, universidades, servicios públicos y emprendimientos tecnológicos incorporan soluciones basadas en inteligencia artificial. El propio Estado avanza en marcos regulatorios y estrategias nacionales para encauzar su desarrollo. Sin embargo, la brecha digital sigue siendo una preocupación real. No todos tienen acceso a conectividad de calidad, ni a formación en habilidades digitales avanzadas.

Por ello, el desafío actual no es frenar la tecnología, sino gobernarla con responsabilidad. La inteligencia artificial no es, en sí misma, ni salvación ni amenaza inevitable. Es una herramienta poderosa cuyo impacto dependerá de las decisiones humanas que orienten su uso.

Si algo ha demostrado esta revolución es que avanza con rapidez. La pregunta no es si la IA transformará aún más nuestra vida, sino si estaremos preparados para que esa transformación reduzca desigualdades en lugar de profundizarlas. En regiones como la nuestra, el reto es doble: aprovechar sus oportunidades para el desarrollo local, sin permitir que la brecha digital se convierta en una nueva forma de exclusión.

La inteligencia artificial llegó para quedarse. Ahora corresponde a la sociedad —empresas, Estado, academia y ciudadanía— asegurar que su avance esté al servicio del bien común y no solo de unos pocos.

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ V
SUB DIRECTOR